

## LA LIBERTAD SE LLAMA AMÉRICA

**Néstor BASTERRECHEA**

**(Escultor y escritor)**

Yo tenía doce años cuando estalló la Guerra Civil española. Tralla, chicharro, conjuro, caudillo, escapulario, campesino, rojo de labios, gubernamental, gudari, requeté, guardia mora, antecedentes penales y al infierno. Una edad de no poder entender tantos miedos ni rumores con bandera, habiendo sido yo tan feliz hasta entonces.

Un patadón para dejar claro quién manda aquí desde ahora, y derriban la puerta de la casa de mi padre. Se ha dicho con sobrada razón que los vencedores necesitan los extremos del rigor para poder dar cuerpo suficiente a sus conquistas.

Recuerdo la convulsa seducción de la gente mayor removiéndolo alfileres de colores y banderitas enemigas, pinchadas en un mapa de España, para estar puntualmente en las noticias de las armas y de la sangre.

Inolvidable miércoles de abril con su mercado en Gernika y nublando el cielo la legión Cóndor para abrasarla.

—¿Qué ha dicho la radio?

—¡Que ha caído Bilbao!

Diecisiete años de exilio y un muy zurrado viaje que también contaré fueron muchos de mis días de entonces. Sigo en el asombro de

cómo y cuánto la vida está regida por el imprevisible azar y la indefensión que se sufre cuando su dureza y desgarrón se vuelven contra uno.

Pero tercamente, la felicidad ha encontrado su lugar en muchas horas de mi vida: con la existencia apasionada, con la aventura de la creación artística, con la familia, con las buenas amistades y con un suficiente sentido del humor.

Esto es el prólogo del libro de mis memorias, que estoy escribiendo, y que, traducidas al euskera por Iñaki Mendiguren, no tardarán en ser publicadas, lo espero, a poder ser, simultáneamente, en las dos versiones.

A los doce años, no sabía yo qué cosa era un militar de alta graduación. Ni en qué preciso lugar se encontraba Marruecos, ni por qué caminos estaban llegando los soldados que venían a matarnos.

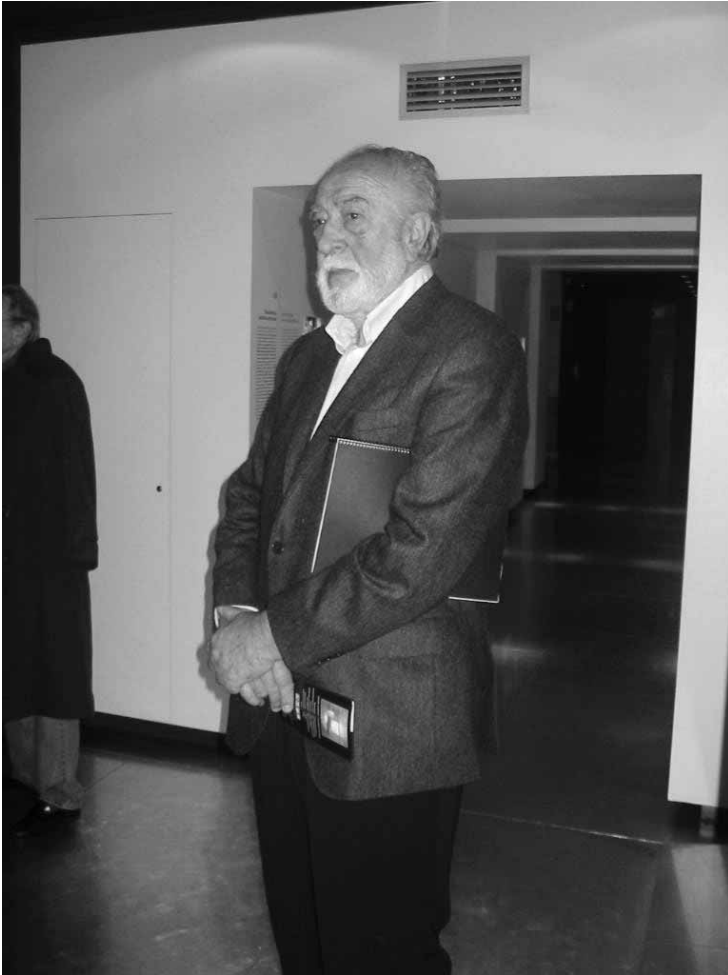
En Bermeo, el Alzamiento se presentó con unas fuertes explosiones en las rocas del Tompon, cercano a la playa de Aritxantxu, cuando un avión del bando republicano aligeró su carga de bombas para huir de dos cazas enemigos que le perseguían. Así comenzó aquel triste adiós, de lo que hasta entonces había sido el normal transcurrir de nuestras vidas en paz.

Adiós para siempre a los preciosos veraneos en la playa de Laida. Adiós para siempre a los viajes a Bilbao con nuestra madre y mis hermanos para, después de mucho caminar y asombrarnos de tanto barullo callejero, terminar la tarde con el premio de una merienda en la confitería de Zubikalai, para luego tomar el autobús a Bermeo.

Adiós para siempre también a los interminables rezos de los sábados en casa del abuelo José, que de tanto agradecer al cielo por los alimentos que íbamos a tomar, yo, la verdad, creía que la comida la pagaban los de allí arriba. Pero la cocinera, que hacía la compra, me aseguró que todavía estaba por ver en el mercado alguna señal celestial a la hora de pagar las cuentas.

Hartos de tanto estudiar, estábamos planeando cómo evitar aquella imposición, cuando del colegio mandaron a casa la noticia de que llevábamos un mes entero sin asistir a clase.

Mi hermano Ibon, nuestro amigo Javier Zumalabe y yo decidimos escaparnos lejos, a Nueva Zelanda, (que no sabíamos bien si quedaba



Néstor Basterrechea (Gernika, 2003).

a la izquierda o a la derecha, según se toma la carretera para Bilbao). Subiendo Sollube, Javier comentó que en Mañuas vivía un ama seca que había servido en su casa. Llegados allá nos recibió con esa amable parquedad propia de la gente del campo.

—¿Qué? ¿Es fiesta o qué para no estar en el colegio? —Nos dijo ella.

Después de mentirle diciendo que nos habían dado vacaciones por ser muy, muy buenos estudiantes, nos dijo que si nos gustaban las cerezas, subiéramos a los árboles de su huerto. Y así lo hicimos olvidando las diarreas torrenciales que habíamos sufrido por parecidos excesos. De pronto el chirrido de un frenazo de un coche nos paralizó. Nuestro tío Florencio y su chofer, que andaban locos buscándonos, nos dio un puntapié y sin más nos llevaron a Bermeo.

—¿A ti te han pegado en casa? —Le preguntamos al día siguiente a Javier.

—No, a mí no, porque somos republicanos...

Llevo más de sesenta años queriendo entender lo profundo de aquel grado de comprensión en los afiliados al partido republicano.

Resultaba incomprensible que habiendo en Navarra miles de hombres entrenándose para la guerra, no se hubieran tomado medidas para atajar aquella situación. Cuando el entonces diputado del PNV y luego Lehendakari José Antonio Agirre y mi padre, miembro del Tribunal de Garantías Constitucionales de la República, viajaron a Madrid para advertirle seriamente al Presidente del Gobierno Casares Quiroga del gravísimo comportamiento del General Mola y de sus seguidores, les contestó gritando:

—¿También sus señorías me vienen con ese cuento de la traición de Mola? ¡Sepan que acabo de hablar por teléfono con él y me ha confirmado su total lealtad!

Once de la noche del 18 de julio del 36, Radio Nacional de España: “El Movimiento ha de ser simultáneo en todas las guarniciones y desde luego de una gran violencia. Los vacilaciones no conducen más que al fracaso”. La voz militar del General Emilio Mola ordenaba a la ciudadanía participar activamente a favor del alzamiento, en contra del legítimo Gobierno de la República.

La réplica del Partido Nacionalista no se hizo esperar. Los diputados Manuel de Irujo y José María Lasarte, declararon que “ratificando

solemnemente todo a lo que obligaba la ideología nacionalista, se ponían inequívocamente al lado de la República”.

La Guerra Civil española había comenzado.

Armados los odios, la guerra era una cortante guadaña violenta y atávica en una lucha de soldados que no eran soldados contra ejércitos que no eran ejércitos.

Pronto tuvimos que sufrir la estratégica confabulación vía radio que propagaba la descomunal mentira de que habían sido los rojos separatistas quienes intencionadamente habían destruido Gernika, estando aún calientes los motores de los Junker, los Heinkel y los Hassermiht y los Saboya Harchetti aliados de Franco, que habían sepultado bajo las piedras a casi quinientas mujeres, hombres y niños. Terrible drama, que semanas antes había sufrido Durango y otros pueblos de nuestra indefensa tierra vasca.

Nuestra salida al exilio fue un día de septiembre especialmente desapacible. En las afueras del puerto de Bermeo se encontraba fondeando, esperándonos, un pequeño barco de guerra francés para llevarnos a San Juan de Luz... Y navegando sobre la densidad moviente de una mar gruesa, miraba cómo crecía la noche sin tener clara conciencia de que se me había acabado el tiempo de mi infancia.

Así comenzó el exilio familiar, menos el de nuestro padre, que se quedó para cumplir con lo que la guerra exigía. La rue Gambetta de San Juan de Luz era el lugar donde diariamente nos cruzábamos con los grupos crecientes de exilados que llegaban de los pueblos que iban cayendo en poder de las tropas facciosas.

Hubo un tiempo de muchos meses, que vivíamos negando terca-mente la certeza de nuestra derrota, mientras no cesaban las noticias de las batallas perdidas, de criminales fusilamientos sin juicio alguno, del suplicio brutal de los encarcelados, de los severos batallones de trabajadores, y de miles de niños sin sus padres, camino a Francia, a Inglaterra, a Bélgica, a Rusia, a México, sin saber cuándo iban a poder estar juntos de nuevo.

Luego de dos años en San Juan de Luz, a mi padre le requirieron para incorporarse a la Delegación Vasca de París. Un año entero estuvimos viviendo en Port Harly, a veinticinco kilómetros de la capital de Francia, por ser la vida allí sensiblemente más barata.

En París coincidimos con la Gran Exposición Universal de pueblos y culturas del mundo. Trescientos pabellones montados a lo largo de las orillas del Sena, teniendo como eje el Palacio del Trocadero y frente a él, al otro lado el río Sena, la Torre Eiffel. El pabellón de España, con una presencia preferencial de Euskadi y de Catalunya, era el de la República, pues con ella Francia mantenía unas normales relaciones diplomáticas. El pabellón era un edificio magnífico, culturalmente heredado del Bauhaus alemán, estructurado con una clara severidad racionalista, que resultaba ser todo lo contrario de la realidad cotidiana de los días de España, que se proyectaba en el pequeño cine, ciudades y pueblos bombardeados, cadáveres irreconocibles, rostros horrorizados y una infinita tristeza en las interminables columnas de gentes, abandonando sus hogares.

Por los caminos embarrados –grises hasta lo negro– iba un grito alto, rasgando el gran silencio, andando, agotados, sin comprender el porqué de aquel maldito destino...

Al suceder el terrible bombardeo de Gernika que conmovió al mundo entero, se decidió que el mural del pabellón lo realizara el pintor vasco Aurelio Arteta. A mi paisano y colega José María Uzelay se le confió que dirigiera los trámites de aquel tema, misión que le condujo hasta Viráis. “Imposible José Mari, no insistas. Tengo en los bolsillos los billetes para irme con mi mujer a México. Yo me voy a México”, respondió tajantemente Arteta. Inmediatamente la obra le fue encargada a Pablo Picasso.

Aquel verano, volviendo en bicicleta desde Anghien les Bains a París, mi hermano Ibon y yo tuvimos que detenernos varias veces para pedir un vaso de agua fresca en los bares del camino, pues hacía un calor asfixiante. Cada vez nos llenaban el vaso con vino tinto, sin cobrarnos nada, y sin siquiera fijarse en nosotros. Aquella gente estaba llorando. En un cartel recién pegado en el muro de una taberna, descubrimos la causa: una proclama oficial convocaba la *Movilitation generale*. ¡Francia se enfrentaba a una nueva guerra!

El gesto triunfal de mister Chamberlain regresando de Munich y agitando un documento que enseñaba a Europa, como una victoria de la democracia, “aquí os traigo 20 años de paz...”. Resultó ser una burla de Hitler, pues a las dos semanas fue la guerra.

Hacia seis meses que había acabado nuestra Guerra Civil. En Euskadi la tragedia se había agigantado con la muerte de dieciséis mil

gudaris y tres mil desaparecidos. Diez mil quinientos civiles muertos por bombardeos aéreos, dos mil setecientos ochenta fusilados, cinco mil doscientos prisioneros en campos de trabajos forzados... y ciento cincuenta mil exilados. Un luto inmenso iba a perdurar durante muchos años en lo más profundo de nuestra memoria colectiva. A los perdedores nos quedaba el ancho mundo para caminarlo, ricos en ideales y flacos en fuerzas. Arruinados en el exilio, nuestra casa de Bermeo había sido convertida en cuartel de la Guardia Civil y así perduró treinta y siete años.

Declarada París “ciudad abierta”, se iban a vivir las horas más triste de sus dos mil años de historia, cuando las vanguardias de las tropas de choque del general Von Kluge estaban acercándose a la línea perimetral exterior de París. Nuestro senador Julio Jauregi tuvo el coraje de correr hasta el estudio de Pablo Picasso para pedirle que cediera su *Guernica* al pueblo vasco: “pues los muertos fueron vascos”, argumentó Jauregi. Picasso, visiblemente conmovido contestó:

–Si me lo pide el Presidente Agirre, le entregaré la obra...

Desgraciadamente no pudo ser.

Nos quedamos perplejos cuando nuestro padre y Tellagorri, notable escritor y amigo nuestro, que con su familia había sido acogido por nosotros, nos comunicaron que no concebían que el ejército francés no fuera capaz de defender París y que ellos no se movían de allí. Naturalmente, tampoco sus mujeres... Al día siguiente de madrugada, nuestra abuela María y los cuatro hermanos conseguimos subir al último tren que salía desde la Gare Saint Lazare hacia el sur de Francia.

Por las finas aberturas dejadas en las ventanas de los vagones, cegados en tiempos de guerra, se filtraban, al anochecer, una sucesión de luces instantáneas, cuando pasábamos por los andenes de los pueblos pequeños, apenas iluminados por alguna bombilla; golpes de luz que desvelaban el desorden apretado en un tren abarrotado de oficiales y soldados, llorando cabizbajos y avergonzados, por saberse desertores de la defensa de Francia, su patria. Llegando a Tours, el maquinista se vio forzado a parapetar el tren en unas viejas vías abandonadas en una profunda trinchera, cuando unos Stukas nos bombardearon en picado, empeñados en hacernos saltar por los aires. A la mañana siguiente, entrábamos en la estación de San Juan de Luz, cinco años después de nuestro primer exilio allí mismo, llegados desde Bermeo.

Los muelles del puerto sorprendían por la exótica belleza blanca que los cubría. Parecían estar nevados. Un batallón de paracaidistas polacos se habían desprendido urgentemente de sus arneses, para embarcarse en los buques de la Royal Navy que esperaban con el tiempo acabándose para trasladarles a Inglaterra.

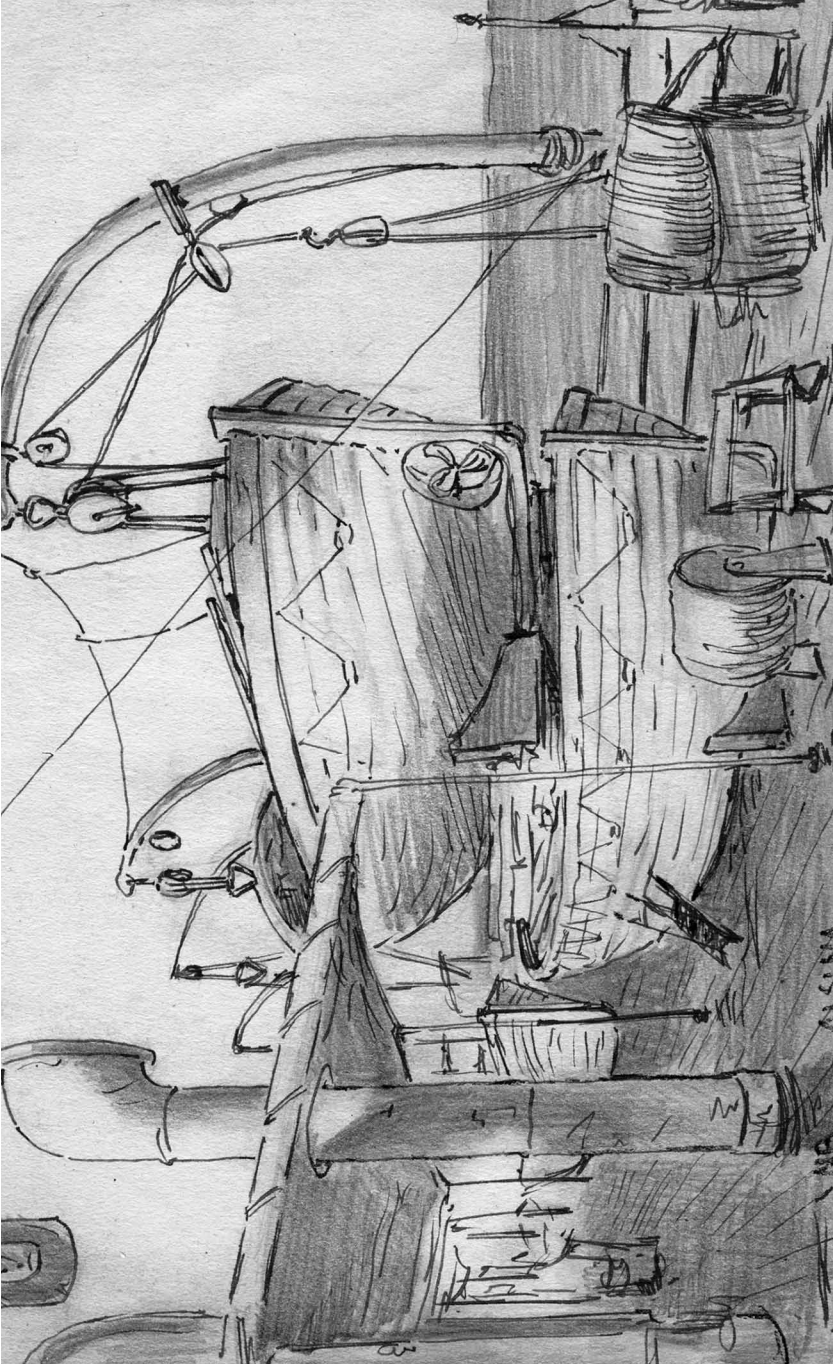
Un estrépito metálico de una columna de tanques nos llegó por la carretera de Bayona como anuncio de que las fuerzas de Wermach llegaban a San Juan de Luz. Desde Noruega hasta Hendaya una gran parte de Europa ya pertenecía al Reich germánico por la fuerza hecha ley.

Los soldados alemanes trabajaban situando parapetos para ametralladoras, responsabilizándose de la seguridad de Hitler y Franco, que al día siguiente iban a encontrarse en la estación ferroviaria de Hendaya. Fue vivir un momento irrepetible. A través de las ventanas del edificio de la estación pude ver la tramoya de las banderolas nazis y españolas, colgadas de unas vigas metálicas, sobre unos andenes lavados y desiertos. Al día siguiente, vimos pasar el vagón rastreador de minas que antecedía a la locomotora y a los compartimentos tapiados en rojo, donde viajaban Hitler y su séquito. Se dijo, como cosa cierta, que cuando el caudillo estaba necesitado de una ayuda extraordinaria viajaba acompañado de la reliquia del brazo incorrupto de Santa Teresa de Jesús. El encuentro entre quien proclamaba que España era la reserva espiritual de Europa y su interlocutor, radicalmente contrario a la pretensión del caudillo, anunciando mil años de un régimen pan-germánico, resultó un fracaso absoluto, pues tan contradictorios programas no cabían juntos en la historia.

De mayor provecho resultó ser la merienda que el pintor Zuloaga ofreció al generalísimo y a su séquito en su gran casa de Zumaya.

Mientras tanto, estábamos muy atentos en nuestra casa a la espera de Ciboure, a la espera de algún mensaje de nuestros padres, sin tener constancia siquiera de si estaban vivos o muertos, cuando nos llegó por fin el recado de que nos trasladáramos a Pou, pues allí estaban esperándonos. ¡Qué noticia maravillosa! El encuentro familiar en Pou fue una emoción de atropelladas risas, algún llanto y de hablar todos a la vez. El éxodo de tres millones de personas, formando una patética riada humana por todas las carreteras del Sur, resultó un tema del que mis padres, por haberlo sufrido, nos hablaron horas y horas. Finalmente nos decidimos a ir a Aix en Provence, cerca de Marsella, pues era el único lugar para poder salir de Francia, camino a América.





Dibujo realizado por Néstor Basterrechea sobre la cubierta del *Alsina*.

Allí nos encontramos con muchas personalidades antifranquistas, que habían acudido con el mismo propósito que nosotros, esperar el barco que les llevara a América. Allí estaba el ex presidente de la República, Don Niceto Alcalá Zamora, que emigraba a la Argentina, que era también el destino donde nosotros queríamos llegar. El día 14 de enero fuimos avisados de que el buque *Alsina*, de bandera francesa, salía al día siguiente rumbo a América.

Disimulados en el barullo de los galpones del espigón número 7, los agentes nazis que, bajo las órdenes directas de Himmler, controlaban la sección anti-delitos, coordinada por la Gestapo, estaban en el puerto de Marsella, al pie de la escala de acceso al buque *Alsina*, atentos a quienes nos presentábamos. Llevaban meses localizando y deteniendo con las listas de la policía española a eminentes políticos anti-franquistas, utilizando también las confeccionadas por Serrano Suñer, cuñado de Franco, para encarcelar o fusilar en España a quienes constaban en sus listas negras. En el muelle había empleados de la embajada de España en París y, por supuesto, miembros de la policía secreta francesa.

Finalmente, libre de amarras el *Alsina* empezó a mover pesadamente sus doce mil toneladas encaminándose hacia la bocana del puerto. Y ya perdidas las luces de Marsella, nos sentimos sacudidos por un repentino y común entusiasmo, que nos impulsó a gritar de alegría, a saltar, a bailar, a abrazarnos; pues no podíamos creer que por fin abandonábamos Europa, navegando hacia la libertad...

Una gran abertura corrediza en el techo de la bodega, para poder respirar, era la condición dependiente de nuestro sueño. En los días de tormenta las olas nos entraban con un estruendo de agua violenta que arrasaba todo a su paso. Quienes dormían bajo la abertura eran arrojados de sus literas, revolcados, heridos a veces, en un desastre flotante de maletas, ropa interior, libros... y si cerrábamos la abertura, el calor y un olor excesivo nos creaba un tremendo desasosiego. Estábamos obligados pues a elegir entre una u otra maldad.

Vista desde el navegar del barco, la costa de Mauritania era una reverberación solar y oscilante en el fuego de un aire irrespirable. Las sombras húmedas de las nubes se deslizaban sobre las copas de los árboles de aceite, o por las llanuras pantanosas de los deltas.

—¡Ese es el Cabo Verde y detrás está Dakar!, —gritó un pasajero.

... Dos días antes había sido allí el infierno. 25 de enero de 1941.

El gran silencio que hubo en las horas de la madrugada que quebró violentamente, cuando el empuje cortante del portaviones británico *Ark Royal* se abrió camino por el espesor de la niebla. Fue la acción convenida con la aviación para dar comienzo la batalla.

Los sorprendidos franceses no pudieron más que resistir inmobilizados en los límites interiores de la bahía de Dakar, confiando en el poder de sus baterías de costa y en la potencia de fuego del acorazado Richelieu, que era como una montaña de acero dotada con los cañones de mayor alcance, que entonces existían. La Royal Navy intentaba evitar que la armada alemana pudiera utilizar aquella importante parte de la flota de guerra de Francia, que el faccioso almirante Darlán había conseguido conducir hasta Dakar. Las relaciones cada vez más estrechas entre el mariscal Petain y Hitler hacían temer que se cumpliera el propósito de los nazis.

27 de enero del 41. Para que pudiéramos entrar en la bahía de Dakar, tuvieron que levantar la enorme red metálica que cerraba el acceso a los submarinos enemigos. Sorteando buques alcanzados por los obuses ingleses, nuestro barco avanzaba lentamente entre cruceros, acorazados y torpederos, varados todavía en los muelles de la zona militar, con sus planchas de acero reventadas y trazas de incendios.

Quedamos fondeados en la mitad de la bahía, sin saber que iban a ser los que, forzosamente, nos retendrían en Dakar.

Algunas noches de aire alto e irrespirable, la cubierta de proa era el escenario improvisado en que distraíamos el desorden de nuestras vidas. El coronel Wasily viajaba a Brasil con su ballet. Finos y esbeltos hasta el amaneramiento, los bailarines del coronel elevaban a sus *partenaires* como a cuerpos ingravidos, sin nunca perder los perfiles de su naturaleza aérea. Chopin, Rimsky Korsakov, Debussy, Ravel, Strawinsky... surgían de la bocina de madera de un gramófono a cuerda, que en los verdes lagartos y los azules calcinados del paisaje de Dakar, más que otra cosa, parecía un truco de gran ilusionista.

Los matrimonios se veían obligados a bajar discretamente a tierra, previo pago, para poder tener relaciones sexuales en algún hotel de la ciudad. Los hombres viajábamos en las bodegas de proa y las mujeres en las bodegas de popa. En las oscuridades nocturnas, los jóvenes convertíamos la zona de las chimeneas del *Alsina* en rincones para los besos iniciáticos que tan felices nos hacían. En medio de botes salvavidas, cables, altos respiraderos y gruesas cadenas, inventábamos pri-

maveras de ternura. Un marco para olvidarnos de las luchas infecundas, en las que estábamos en aquel desamparo senegalés.

Cuando de tarde en tarde podía pagarme un asiento en la motora que nos llevaba a tierra, salía corriendo con mis pinturas y mis cartones hasta la plaza del mercado de las especias. Era un lugar para estar mirando los colores de África... y yo pintándolos.

Y un buen día, sin previo aviso, el *Alsina* recogió anclas y salió del puerto de Dakar, girando inesperadamente rumbo al Norte en vez de al Oeste que es donde está América. Nos llevaban de vuelta a Casablanca. La presencia de un torpedero de la marina francesa escoltándonos era por el temor a los submarinos alemanes, pues se sabía que cerca de donde estábamos sesenta barcos con bandera de países aliados habían sido hundidos por la acción de sólo cuatro submarinos. Y que en otros mares cuatrocientos sesenta y cuatro buques sufrieron el mismo terrible fin.

No nos habíamos recuperado todavía del estupor que teníamos por el cambio de deriva, cuando, llegados a nuestro destino en el desierto, tuvimos que limpiar los excrementos de una docena de camellos, que dejaron fuerte olor de mucho tiempo de orines acumulados en el barracón destinado a ser nuestro dormitorio común. Luego de unas semanas fuimos a Casablanca a esperar otra vez algún barco que pudiera llevarnos a América.

Por fin, se consiguió fletar un buque con bandera de país neutral: Portugal. Su nombre era el *Quanza*. Habíamos embarcado prácticamente todos los pasajeros del *Alsina*, cuando, ya anocheciendo, algo que se movía en aquella semioscuridad me llamó la atención. Igual que unas sucias ratas de puerto, les estaba viendo trepar sigilosamente para alcanzar la cubierta del *Quanza*, subiendo por los cabos que sujetaban el barco a los noray del muelle. No había transcurrido ni un minuto cuando, de pronto, se presentaron ante mí.

—Somos gudarís. Nos hemos escapado del campo de Meridge, —dijo uno de ellos.

¿Gudarís? Seis hombres famélicos, harapientos, que habían esperado a que se hiciera de noche antes de intentar subir a bordo. Sujetaban con fuerza una maletas de cartón cruzadas con cuerdas para que no se deshicieran. El mayor de ellos no tenía ni treinta años, pero estaban terriblemente envejecidos. Les escondí lo mejor que pude en el laberinto de las literas dobles, de la bodega de proa, que al igual que

en el *Alsina*, habían habilitado como dormitorio de hombres. No pude contener mi curiosidad y les pregunté cómo habían conseguido escaparse.

—Nos hemos fabricado unas mandíbulas de hierro, iguales a las bocas de los perros que nos mordían en el campamento y nos hemos herido, dejando que se infectaran las heridas, porque sabíamos que así se verían obligados a mandarnos a algún hospital de Casablanca para curarnos.

Me dijeron también que Meridge era un auténtico infierno, y que había otros muchos infiernos en las arenas del Sahara. Me contaban que cobraban por cada prisionero evadido que cazaban, y cómo los ataban a las monturas de sus caballos, arrastrándolos hasta Meridge, y que a los que no llegaban muertos, los mataban a palos.

—¿Éste es el barco que sale para América?, —me preguntaron.

—Sí, es éste —les contesté.

—Es de bandera portuguesa y, por ser un país neutral, los ingleses les permiten atravesar el Atlántico.

La fuga sin retorno de los seis vascos debió de enloquecer de rabia al comandante Faure, responsable del campo de Meridge, pues se supo que a todos los internos les castigó un día sin beber, que para quienes sufrían de fiebres palúdicas fue tan atroz que morían pidiendo a gritos un poco de agua.

En el año 1944, las fuerzas del general De Gaulle desembarcaron en el Norte de África. El conocimiento del trato criminal contra los antifranquistas exiliados en aquellas tierras forzó a los altos mandos franceses a la celebración de un juicio sumarísimo en Argel. El coronel inspector general de los cuarenta campos de castigo de África del Norte y comandantes y tenientes, ayudantes y vigilantes comparecieron acusados de asesinatos y continuos tratos inhumanos a los ciudadanos españoles refugiados en África.

—“Una docena de guardianes se abalanzaron sobre nosotros y comenzaron a pegarnos con bastones de madera. Un sargento y un vigilante se sumaron para rematar el linchamiento. Muchas palizas llegaron a desfigurar los rostros de los apaleados; otros no pudieron resistir y fallecían de muerte “natural”, según sistemático y canallesco parte del médico de Meridge”. Después de una veintena de otros testimonios igualmente escalofriantes, el jurado sentenció que unos fueran fusilados y otros encarcelados por vida.

Una inesperada ayuda económica, que habíamos recibido desde México, posibilitó que las mujeres viajaran en primera clase, mientras que los hombres, al igual que en el *Alsina*, tuviéramos que conformarnos con viajar en las bodegas. Ellas se encontraron con un escenario de grandes cortinones, mantelerías y cuberterías de lujo, metales bruñidos y gruesas alfombras. Pero pronto tuvieron que dejar de lado los escrúpulos y animarse a pedir a los camareros raciones extra de mermelada, mantequilla y *croissanes* que furtivamente guardaban en los grandes bolsos que muy mal jugaban con tan aparatosas elegancias. Eran los refuerzos vitamínicos que guardaban para los habitantes de las oscuras bajeas que éramos los hombres.

Fue don Niceto Alcalá Zamora quien finalmente llevó a cabo una conversación privada con el comandante del barco para corregir tan desatinada situación. Consiguió un discreto arreglo para que la convivencia sentimental se hiciera más llevadera. Fueron horas de unos estridentes gemidos de gozo que salían desde los camarotes que, con las prisas, habían quedado abiertos.

El comandante ordenó una investigación para descubrir quién o quiénes habían ocultado a los gudarís polizones. Y unos días más tarde sentí que alguien me tocaba el hombro. Me di la vuelta y me encontré, de bruces, con el rostro del comandante, que con una leve sonrisa me dio a entender que sabía que era yo el autor. Y se fue sin más.

## 25 de Noviembre de 1941

Nada más llegados a La Habana, los pasajeros del *Quanza* fuimos inmediatamente recluidos en Tiscomia, lugar de cuarentenas preventivas; pues Cuba había decidido por decretazo que todos los piojos eran extranjeros. Cierta vez que estábamos para almorzar vimos entrar a unos hombres custodiados por policías armados. Eran supervivientes de una de aquellas terribles prisiones que el Ministerio de Interior de Francia poseía en la Guayana, en donde la vida de los grandes condenados era una larga agonía.

Luego de una estancia de cuatro meses en Cuba, nos embarcamos en un buque de bandera Argentina, el *Río de la Plata*. Hacía tres días que habíamos dejado La Habana navegando rumbo a Buenos Aires, con escalas previstas en Santos y Montevideo. Eran las diez de la noche cuando sentimos bajo nuestros pies el ronroneo de las máquinas aflojando el ritmo, reduciendo y reduciendo hasta detenerse del todo.

Pronto nos creció el malestar de sentirnos en un silencio irreal en medio del Océano... Alguien comentó que habían visto ausentarse precipitadamente al comandante al murmurarle un oficial algo al oído. Algunos salimos a la barandilla exterior para ver qué ocurría. Un giro lento del barco nos situó frente a la silueta de un submarino a contraluz, delante de una luna.

El submarino y el *Río de la plata* se intercambiaban señales luminosas. El submarino era alemán y le habían anunciado a nuestro comandante que iban a torpedearnos. El argentino se desesperaba queriéndole convencer de que se comunicara con sus superiores en Berlín, puesto que Argentina era país neutral en aquella guerra. Después de una muy larga y angustiosa espera, Berlín ordenó salvar nuestras vidas.

–¡Qué ganas tenía el nazi, hijo de perra! –exclamó el comandante.

Aquella noche no quisimos acostarnos. La imaginación se nos iba a lo que hubiese sido el infierno de las explosiones de los torpedos, el horror casi inimaginable del hundimiento de cientos de personas a los abismos del mar.

...Y transcurridos cuatrocientos ochenta días desde nuestra salida de Marsella, en un viaje calculado para veinticinco días, por fin estábamos viviendo el momento tan deseado: llegar a Buenos Aires. Yo tenía dieciocho años.

A pesar de la acogida sumamente grata por parte de las autoridades argentinas gracias al decreto promulgado por el propio presidente Ortiz, hijo de vascos, para distinguir el trato de los refugiados vascos y la paz ancha y abierta que se vivía en aquel país, se nos desvaneció el tono mental cuando, no sé desde qué lugar, surgió atropelladamente el recuerdo de los momentos más dramáticos que había vivido.

No podía soportar las noticias de la Segunda Guerra Mundial que en Buenos Aires se propagaban con la mayor autoridad y amplitud de detalles.

El ruido del andar de un tranvía lejano me parecía el de un avión y los aviones que yo había conocido eran los que nos bombardeaban...

El testimonio vasco en América reside fundamentalmente en Argentina. Más de setenta centros vascos lo confirman, asentando con fuerza la presencia de quienes emigraron de aquella tierra a trabajar

arduamente. La llegada de los refugiados de la Guerra Civil alteró muy visiblemente el ritmo de la colectividad vasca en Argentina; pues quienes habíamos vivido la derrota de aquella contienda nuestra, y su consecuente exilio, llegamos con la necesidad de recuperar urgentemente nuestras señas de identidad.

Por entonces, yo empezaba a dedicarme a pintar seriamente y tuve la suerte de ganar el Premio Único a extranjeros, en el Salón Nacional, lo que fue importante para darme a conocer.

De la gente que a nivel profesional conocí allí fue Jorge Oteiza el que más me interesó. Entonces no podía ni sospechar que iba a encontrarme con él trabajando en el proyecto de la nueva Basílica de Aranzazu en Oñate dos años más tarde.

Me casé con María Isabel Irurzun Urkia, de padres vasco-argentinos, nacida en la Pampa, donde a mí tanto me gustaba perderme en el silencio de los trigos en aquella tierra ancha.

Y os dejo ya con la deslumbrante naturaleza del Sur, con sus bosques de raulíes cerca de las nieves del Tronador y la pampa del Toro, con Chile y en la otra vertiente los Andes, con las nubes de polen y viento por los octubres del majestuoso ciprés.





Néstor Basterrechea e Iratxe Moarotio  
(Gernika, 3 de septiembre de 2003).

